

de la ciudad. Los mensajeros partieron de Texcoco el miércoles santo veinte y siete de Marzo, escoltados por cinco jinetes encargados de ponerles en salvo. (1) No se recibió respuesta alguna.

El sábado santo, treinta de Marzo, tornaron de nuevo los mensajeros de Chalco trayendo pintado en un paño los pueblos que contra ellos ventan, el número de los guerreros y los caminos por donde se adelantaban, pidiendo nuevo y pronto socorro, pues su pérdida era segura. El general prometió ir en su auxilio dentro de breves días, mas que si entretanto le hubiesen menester se lo avisasen. Todavía volvieron el martes dos de Abril urgiendo porque el socorro fuese pronto, á lo cual contestó Cortés, que le llevaría en persona, como en efecto, dió las órdenes á cierta parte de la gente para salir á campaña el viénes siguiente. Estando ya en los preparativos, el juéves cuatro de Abril se presentaron en Texcoco, embajadores de Tozapan, Mexcaltzinco y Nauhltan, pueblos de las orillas del Golfo, trayendo algunas ropas de algodón y dándose por vasallos de los castellanos. (2) De aquella comarca fué señor el desdichado Cuauhpopoca.

(1) Cartas de Relac. pág. 216.
(2) Cartas de Relac. pág. 217.

CAPITULO IV.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Campaña al rededor de los lagos.—Tlatmanalco.—Chalco.—Chimalhuacan-Chalco.—Brava resistencia en el peñon de Tlayacapan.—Segundo peñon.—Se entrega.—Anécdota curiosa.—Huaxtepec.—Yauhitepec.—Xihitepec.—Toma de Cuauhnahuac.—Cuauhxmolco.—Combates en Xochimilco.—Peligro de D. Hernando.—Coyahuacan.—Reconocimiento en la calzada.—Tlacopan.—Vista desde el teocalli.—Acapotzalco.—Tenayocan.—Cuauhtitlan.—Oitlattepec.—Acolman.—Vuelta á Texcoco.

III calli 1521. El viénes cinco de Abril salió D. Hernando de Texcoco. Dejaba de guarnicion en la ciudad veinte caballos y trescientos peones al mando del alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, quien quedaba encargado de activar la construccion de los bergantines y defenderlos de los ataques de los méxica. El general sacó treinta jinetes, trescientos peones, veinte ballesteros, quince escopeteros, Ixtlilxochitl con más de veinte mil aculhua y los aliados tlaxcalteca; acompañábanle los capitanes Pedro de Al-

varado, Andrés de Tapia, Cristóbal de Olid, el tesorero Julian de Alderete y Fray Pedro Melgarejo. Varios objetos se proponía el general en aquella expedición. Defender la provincia de Chalco, arrojando de ella definitivamente á los tenochca; sujetar á los tlahuica, situados detras de las montañas australes del valle, que todavía seguían la causa de Cuauhtemoc; dar vuelta al rededor de Tenochtitlan para someter las poblaciones ribe-ranas de los lagos y estudiar el terreno para poner sitio á la capital. Aquel día durmieron en Tlalmanalco.

Al día siguiente (sábado seis), á las nueve de la mañana entraron en Chalco. D. Hernando reunió á los señores, dióles á entender sus intenciones por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, y pidióles aparejasen el mayor número de guerreros para el combate; acabado este quehacer salió á hora de vísperas y fué á pernoctar en Chimalhuacan-Chalco. Aquí se reunieron más de cuarenta mil hombres así de los chalca, como de los de Huexotzinco y Tlaxcalla: acudió igualmente un enjambre de villanos merodeadores, de los que seguían á los ejércitos por sólo satisfacer su instinto de pillaje. "Y vinieron tantos, que en todas las entradas "que yo había visto, despues que en la Nueva España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta "multitud dellos á causa de los despojos que habían de haber, y "lo más cierto por hartarse de carne humana si hubiese batallas, "porque bien sabían que las había de haber; y son á manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte á otra, y "le seguían cuervos y milasos y otras aves de rapiña, que se mantenían de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando "se daba alguna muy sangrienta batalla; así he juzgado que nos "seguían tantos millares de indios." (1) Merecen la comparación los desalmados que acudían á satisfacer sus deseos de robo y de venganza.

Á la noticia de estar cercano el enemigo, la gente estaba en pie al cuarto del alba; oída misa (domingo siete), se puso en camino. El ejército se empeñó en los pasos de las montañas para salir al opuesto lado del valle, encontrando á uno y otro lado de los desfila-

(1) Bernal Díaz, cap. CXLIV. — Cartas de Relac. pág. 218.

deros encastillados en las alturas á los indios, quienes lanzaban gritos de guerra acompañados de algunos hondazos. Parece que por entónces los habitantes cambiaban de táctica, dispuestos á no aventurar encuentro en campo abierto y mantenerse á la defensiva en lugares inaccesibles. Sin detenerse á combatir aquellas fuerzas, entraron en la provincia de Totolapan, siguieron algunas cortas llanuras, hasta dar hácia las dos de la tarde con un peñol alto y ágrío, en cuya cumbre se descubrían mujeres y niños, mientras las laderas estaban cubiertas de multitud de guerreros: era Tlayacapan. (1) Los tlahuica, al descubrir á los castellanos, los desafiaban y burlaban: pareció al general que pasar adelante sin escarmentar á los encastillados sería poquedad y aún se achacaría á cobardía, por lo cual mandó hacer alto, practicó un reconocimiento alrededor del peñol, y escogidos los puntos al parecer más accesibles, ordenó el asalto por tres lugares diversos. Cristóbal Corral, alférez de una compañía de sesenta hombres, apoyado por algunos escopeteros y ballesteros, tuvo el mando de la primera columna; componían la segunda las compañías de Juan Rodríguez de Villafuerte y Francisco Verdugo, mientras la tercera se formaba de los hombres de Pedro de Ircio y Andrés de Monjaraz; Cortés permaneció al pié del cerro, cuidando con la caballería el campo de algun ataque imprevisto; de los aliados, unos quedaron con los jinetes, los otros en espesas nubes se dieron á trepar por los flancos del peñol. Soltada una escopeta, señal de acometer, cada quien se precipitó á cumplir con su deber. Agrias y pendientes eran las cuestas, teniendo los asaltantes que agarrarse para subir á las rocas ó á las plantas, cubriéndose de los tiros ya en los repliegues del terreno, ya tras las peñas y los árboles, pues caía espesa granizada de flechas, varas, piedras y trozos rodados, cuyas galgas rebotando por los riscos se rompían lastimando ó arrastraban en su rápido paso á los trepadores. Por el lado de Corral, el atrevido alférez subió hasta donde más pudo, declarando luego no poder pasar adelante; Bernal Díaz siguió á su comandante; Pedro Barba, capitán de ballesteros, trepó poco más arriba, aunque al fin se dió por vencido: la empresa más adelante pareció imposible, y como á todos rumbos aconteció lo mismo, y estaban muertos algunos castellanos y muchos heridos, de los aliados se contaba

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chimim. cap. 93. MS.

gran pérdida, y en la llanura asomaban los escuadrones mexicana en socorro del peñol, el general ordenó la retirada. Ya era tiempo. Los culhua cargaron en gran número, trabándose un combate en que estos fueron ahuyentados por la caballería y los peones, si bien no sufrieron mucho daño porque se acogían á lugares fragosos. Siguió el alcance la caballería hasta otro peñol, que pareció no tan fuerte como el primero, y pensando encontrar ahí agua, la cual no se había hallado en todo el día, el ejército vino á acampar al pie, pasando la noche escuchando los atabales, bocinas y gritería de los tlahuica. (1)

Al ser día claro (lunes ocho), Cortés reconoció la fortaleza. Era muy más fuerte que la anterior, aunque estaba dominada por dos alturas, á la sazón ocupadas también por multitud de guerreros. Acompañado de algunos hidalgos, el general se dirigió al peñol, y mirándole ir la gente le siguió aun cuando no tenía orden para ello; el intento no era asaltar, sino practicar un reconocimiento. Mirando los indios el grueso que contra ellos se dirigía, calculando que el intento de los enemigos era meterse por entre las dos fortalezas, replegaron la guarnición de las alturas dominantes á la meseta principal. Aprovechando aquella falta D. Hernando, mandó ocupar uno de los puntos abandonados á los capitanes Francisco Verdugo, Julian de Alderete y Pedro Barba, con los escopeteros y ballesteros; los tiros alcanzaban bien al peñol inferior, de manera que la fortaleza india quedó completamente dominada: D. Hernando subió igualmente á una eminencia hasta ponerse á la altura de la defendida por los indios. Amedrentados los tlahuica por el daño que de los arcabuceros recibían, por ver encima de sí el enemigo, y principalmente por estar acosado de la sed, pues carecían absolutamente de agua, hicieron señas desde lo alto de querer rendirse: cinco principales se presentaron al general, disculpándose de haber tomado las armas; respondiéndoles por medio de los intérpretes, que eran dignos de muerte por haber comenzado la guerra; mas supuesto se entregaban, se les admitía á condicion de que fuesen á los del otro peñol y trajesen de paz á los encastillados, á quienes se perdonaría lo pasado, y si no que les irían á poner cerco hasta matarlos de sed. (2)

(1) Cartas de Relac. pág. 218—220.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.

(2) Cartas de Relac. págs. 220—21.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.

Comisionó Cortés al alférez Corral, á los capitanes Juan Jaramillo y Pedro de Ircio y á Bernal Díaz del Castillo, para ir á reconocer la fortaleza despues de rendida, diciéndoles resueltamente: "Mira, señores, que no les tomeis ni un grano de maiz." El peñol, cortado á pico por todos lados, presentaba una sola y dificultosa subida, terminada en la parte superior por una angosta entrada; en la cumbre se extendía una llanada sin agua, en la cual estaban recogidos los guerreros con sus mujeres é hijos, sus haciendas y algunos fardos del tributo destinado á Cuauhtemoc: se distinguían unos veinte muertos y algunos heridos. Terminado el exámen, Bernal Díaz cargó de despojos cuatro naborias tlaxcalteca que le acompañaban y otros cuatro tlahuica de la fortaleza, disponiéndose á bajar con ellos al real; opúsose Pedro de Ircio, diciendo ser aquello contrario á las órdenes del general. Bajados al campo, el mismo Ircio dió cuenta del desempeño de la comision y dijo: "No se les tomó cosa ninguna, que ya había cargado Bernal Díaz del Castillo, de ropa á ocho indios, é si no lo estorbara yo, ya los traía cargados." Entonces dijo Cortés medio enojado: "Pues ¿por qué no lo trajo? Y también os habiades de quedar allá vos con la ropa é indios con los de arriba," é dijo: "Mira como no entendieron que los envíe porque se aprovechasen, y á Bernal Díaz que me entendió, quitaron el despojo que trata destes perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido;" é cuando aquello oyó el Pedro de Ircio dijo que quería tornar á subir á la fuerza, y entonces le dijo que ya no había coyuntura para ello, y que no fuese alla de ninguna manera." (1) La anécdota es bien curiosa y significativa.

Los castellanos se aposentaron al pie de la fortaleza en unas caserías entre unos morales, en donde se sufría algo por la escasez de agua. Los tlahuicas del otro peñol vinieron á presentarse por medio de sus jefes (martes nueve), dándose por vasallos de los blancos despues de pasar algunas razones. De ahí se remitieron los heridos á Texcoco, descansaron aquel día de las fatigas, é hicieron repuesto de víveres. La jornada siguiente (miércoles diez), se rindió en Huaxtepec; los naturales, que se tenían por conquistados desde la expedicion de Sandoval, recibieron de paz á los blancos, dándoles

(1) Bernal Díaz, cap. CXLIV.

comida y regalo, aposentándolos en la extensa y linda huerta de que antes hemos dado noticia.

Salidos temprano de Huaxtepec (juéves once), estaban á las ocho de la mañana á vista de Yauhtepec. Los habitantes hicieron demostracion de entregarse de paz, mas luego echaron á huir; Cortés los persiguió con los jinetes hasta llegar á Xiuhtepec. (1) Sorprendidos los del pueblo no hicieron resistencia, no obstante lo cual fueron muertos algunos hombres y tomados por esclavos buen número de mujeres y muchachos. En aquel lugar permanecieron el siguiente dia (viérnes doce), en espera de que los señores que habían huido volbiesen á dar la obediencia; mas como no se presentaron, al salir de ahí dieron sacomano á las casas y les pusieron fuego. Los de Yauhtepec llegaron á dar la obediencia. (2)

A las nueve del dia inmediato (sábado trece), se pusieron ante Cuauhnahuac, capital de los tlahuica, defendida por su señor Yoatzin; (3) la ciudad era rica, amena y poblada; cercada de profundas barrancas, con difíciles entradas, á las cuales se llegaba por puentes á la sazón rotos; armados los naturales y con una fuerte guarnicion tenochca, parecía inexpugnable. Al acercarse los castellanos quedaban separados de sus contrarios por la profunda barranca, recibiendo de la opuesta orilla una lluvia de flechas, pedradas y hondazos, acompañados de grita atronadora. El paso era imposible, ni había medio de escalar aquella especie de cava, cuando uno de los aliados avisó al general que á distancia de una media legua había paso franco para los caballos; sabida la noticia destacó en aquella direccion algunos jinetes. Entretanto, buscando una entrada, notaron que un árbol crecido de este lado de la barranca, inclinado, ó tendidas las ramas, formaba una especie de puente hasta la orilla opuesta: un tlaxcaltecatl atravesó el primero por el difícil paso, siguiéronle algunos españoles, entre ellos Bernal Díaz, no sin que tres cayeran al fondo de la barranca, atravesaron tambien algunos alia-

(1) Cortés llama al pueblo Gilutepec, evidente confusion en el nombre; Xilotepec no se encuentra en aquella comarca. Bernal Díaz le confunde con Tepoztlan.

(2) Cartas de Relac. pág. 222.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. Cap. 93. MS. Cortés escribe Coadnavaced; Bernal Díaz, Coadalbaca. Desde los tiempos más antiguos de la conquista, pues Bernal Díaz ya lo escribe así, le dijeron Cuernabaca. Hoy es la capital del Estado de Morelos, conservando este último nombre.

dos, y cuando fueron veinte ó treinta de los blancos y muchos tlaxcalteca, dieron sobre los guerreros entretenidos en defender los muros. (1) Sorprendidos los tlahuica de ver milagrosamente á sus enemigos dentro de la plaza, no dejaron por eso de pelear; mas sobreviniendo á breves instantes Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Tapia con algunos jinetes, mirándose estrechados por la espalda y el flanco, se dieron á huir por los breñales, sufriendo gran destrozo en la persecucion. Completó el desbarato Cortés, apareciendo con el resto de la caballería. Dueños de la fortaleza, las casas fueron puestas á saco é incendiadas, lográndose inmenso botín con gran cantidad de mujeres y muchachos; huyendo á los montes quienes pudieron salvarse. No habiendo ya en donde, los blancos se aposentaron en la hermosa huerta del señor de la ciudad, notable por su extension y frescura. Yoatzin con otros principales se presentó á demandar la paz, disculpándose de haber tomado las armas, por haberlo exigido así los méxica: "nos dijeron que la causa de haber venido tarde á nuestra amistad, era porque pensaban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles "daño, creyendo que hecho, no terníamos despues tanto enojo de "ellos." (3)

Dejóse á Cuauhahuac el siguiente dia (domingo catorce), tomando el camino para atravesar las montañas y penetrar de nuevo en el valle; seguía la senda por unos pinares, faltos completamente de agua, por lo cual hubieron de sufrir muchos hombres y caballos, y aún algunas personas perecieron de sed. Ya tarde se rindió la jornada en unos caseríos, en donde algo fué encontrado del apetecido líquido. Llamábase el lugar Cuaulxomolco. (3)

Bajadas las faldas de las montañas, á las ocho de la mañana (lúnes quince), se presentó el ejército delante de Xochimilco. La ciudad, una de las principales del valle, fértil y hermosa, estaba situada en la márgen occidental del lago de su nombre, teniendo las ca-

(1) Por espíritu de nacionalidad mal entendido, Solís (lib. V, cap. XVIII), desfigura los acontecimientos; en el presente caso asegura haber sido Bernal Díaz quien primero pasó sobre la puente del árbol, lo cual es contrario al testimonio de D. Hernando, y á lo que de sí mismo dice el cronista conquistador.

(2) Cartas de Relac. pág. 224.—Bernal Díaz, cap. OXLIV.

(3) Chimalpain, Hist. de la conquista. MS.